

parte del mensajero portador de la carta, respecto á estar don Carlos resuelto á confiar á Maroto el mando de su ejército en cuanto llegase, que movida la ambición de un hombre que nada tenía de poco confiado en sí mismo, lo determinaron á ponerse en marcha, y recibido que fué por don Carlos, se allanó á admitir la carga, ó mas bien, el golpe de fortuna que la suerte le deparaba.

Aunque Maroto no se hallaba en mancomunidad de ideas con los generales procesados, simpatizaba con ellos infinitamente mas que con los intransigentes á quienes secretamente odiaba.

Pero puso el mayor cuidado en atraerse amigos entre los cabecillas de las dos parcialidades, á cuyo fin al mismo tiempo que abogaba cerca de don Carlos en favor de los generales procesados, no rechazaba á los adversarios de estos, y antes al contrario puso empeño en que lo tuviesen por imparcial y dispuesto á utilizar los servicios de cuantos aceptasen militar á sus órdenes.

A esta actitud del nuevo general en jefe de don Carlos correspondía el que se dirigiese al público explícita y decididamente, mostrando gran celo por la causa de la religión y del trono, por lo que no vaciló en llamar pérfidos y cobardes á los enemigos que tenía delante, pero con los que, en su fuero interno, se proponía entenderse, pues era opinión bastante generalizada entre los adeptos á la causa carlista, que el hombre que la simbolizaba carecía de las dotes necesarias para reinar.

Maroto no podia permanecer inactivo y se ocupó en reforzar sus batallones mermados por diversas causas y principalmente por el descrédito en que habia caído en el país vascongado la causa por la que tan inmensos sacrificios llevaban hechos sus habitantes. Las posiciones estratégicas de Maroto todavía le ofrecían, sin embargo, poderosos medios de sostener con ventaja la defensiva. En Vizcaya, en Guipúzcoa y en Alava poseía puntos fortificados que cerraban el paso á los liberales; otro tanto acontecía por la parte de Navarra. La principal dificultad con que luchaba el nuevo caudillo, juntamente con la insuficiencia de recursos materiales, nacía de la perseverante secreta guerra de que era objeto por parte de sus compañeros los generales del bando intransigente, García, Guergué y el brigadier Carmona.

Todavía vacilaba Espartero sobre si emprendería ó no la expedición contra Estella, pero decidiólo á suspenderla el recelo de que Cabrera, vencedor de Oraá en Morella, invadiese á Castilla ó amenazase su línea del Ebro; actitud pasiva á la que respondía Maroto aglomerando fuerzas en los valles que circundan á Estella.

Alaix, virey de Navarra, no tuvo fuerzas con que impedir el paso del Arga por los carlistas, pero apresurándose á reunir todas las que pudo, partió de Artajona llegando hasta Obanos en busca del enemigo. No consiguió, sin embargo, como se lo habia propuesto, impedir que repasasen el río salvando todo su convoy. Conseguido que fué este importante objeto por los carlistas, se hicieron fuertes en buenas posiciones que Alaix tuvo la imprudencia de querer forzar.

Atacólos con brio y con una obstinación digna de mejor suerte, mas fué vigorosamente rechazado, experimentando grandes pérdidas en hombres y mayor todavía en prestigio, pues los batallones rechazados se desorganizaron, entró en ellos el pánico, y sin el auxilio de la caballería la retirada se habria convertido en derrota. Distinguióse en aquella jornada por sus brillantes cargas á la cabeza de solamente algunos caballos el entonces capitán don Domingo Dulce, destinado á figurar con notoriedad histórica en los sucesos acaecidos años despues.

La pérdida de Alaix en aquel día fué de doscientos muertos y quinientos prisioneros, dejando tambien en poder del enemigo no pocos caballos y ochocientos fusiles. Los fugitivos hallaron refugio en Puente la Reina. Alaix volvia herido, y tambien se creyó que lo estaba mortalmente el coronel del regimiento de Zaragoza, quien, sin embargo, logró restablecerse.

No se durmieron los carlistas en sus laureles. Aventuráronse á pasar el Ebro, entrando en Arnedo donde jamás ha-

bían puesto su planta y donde procedieron al desarme de los nacionales y exigieron una fuerte contribucion.

Igual próspera tentativa realizaron con igual fruto en Aulsejo y Alcanadre, hecho lo cual se restituyeron á su territorio de la orilla izquierda del Ebro.

Para remediar aquellos desastres envió Espartero á nuestro valiente *magister equitum*, al bravo Diego Leon, en reemplazo de Alaix, que se hallaba herido, y que esperando ó tal vez anticipando el conocimiento de que iba á ser nombrado ministro de la Guerra pidió el envío á Navarra del ejército de reserva.

Las operaciones del año terminaron en la Ribera por varios combates alternativamente prósperos y adversos para los beligerantes, pero en los cuales brilló siempre la invencible lanza del malogrado Diego Leon.

CAPITULO III

La guerra en Cataluña.—El conde de España.—La guerra en Aragon.—Zaragoza (el 5 de marzo)

Mientras don Carlos ratificaba el nombramiento del conde de España, designado por la junta de Cataluña como sucesor de Urbiztondo, fué encargado interinamente del mando don José Segarra, entendido jefe que conocía perfectamente los defectos de organización de que adolecían sus tropas, y procuró remediar el daño en lo posible durante el tiempo de su jefatura. Señalóse la apertura de la campaña en el Principado por la ventaja para los carlistas de hacerse dueños de Villabella.

Entrado febrero tuvieron lugar varios ligeros combates sin que lograsen los enemigos, cual era su intento, apoderarse de un convoy que conducía el baron de Meer; ni fué mas afortunado Segarra en su intentona contra el punto fortificado de Suria. En marzo siguiente los nacionales de Reus sufrieron una tremenda derrota con pérdida de 130 hombres. En cambio la pequeña población da Gerri dió un lucido ejemplo de cívica entereza rechazando el ataque de los carlistas y dando lugar á la llegada de la columna de socorro que puso en fuga á los sitiadores.

El baron de Meer, salido de Barcelona para proteger las poblaciones amenazadas, ahuyentó á los carlistas de Ripoll y otro tanto logró en Esparraguera. Fueron los últimos nuevamente vencidos en Suria á principios de abril, y el 9 de dicho mes Carbó sostuvo un sangriento combate en San Quirre, seguido poco despues de la toma por Tristany de Monistrol y de Monserrat que entregó al saqueo.

Distinguióse el mando de Segarra por el empeño que tuvo en establecer academias para la instruccion de sus tropas y un colegio militar en Borredá, aumentando sus fuerzas de un quinto; disposiciones que influyeron en mejorar el estado de las facciones que tantas pruebas de ineptitud habian dado hasta entonces.

Pero en esta clase de merecimientos se llevaba la palma el baron, representante en Cataluña de la autoridad de la Reina.

Hacia de la buena organización de todos los ramos del servicio, objeto de ejemplar solicitud. Protegia á las poblaciones mas importantes, cuando no podia ampararlas á todas, y sin descuidar ninguno de los requerimientos de la guerra, atendía á todas las necesidades del público, habiendo logrado establecer sólidamente el orden en el territorio de su mando.

Llegó en el entre tanto el día tan ansiado por los carlistas de tener entre ellos el jefe que habian deseado. Ya tuvimos ocasion de hablar del conde de España al noticiar su arresto por las autoridades francesas cuando se disponía á penetrar en Cataluña. No habia el conde recobrado su libertad sino muy recientemente, y acababa de tomar el mando, siendo recibido por los suyos con grandes demostraciones de respeto, aguijoneados muy probablemente por el temor que á todos inspiraba la conocida inexorabilidad del conde.

Grandes esperanzas fundaba el carlismo en el antiguo emigrado francés, que tanto habia luchado por la monarquía tradicional en España. Era hombre de carácter duro, inflexible y amigo del imperio; su criterio absoluto le hacia rigorosísimo con las debilidades ajenas, sin fijarse en que eran muchas y

pueriles sus extravagancias, á vuelta de las cuales resaltaba la crueldad, la inconsecuencia y el arbitrario abuso del poder, que acostumbraba llevar al último extremo.

Prueba de lo primero es que, habiendo faltado á la reunion de sus tropas el Llach de Copons, á quien en 1830 habia mandado á Ceuta, marchó inmediatamente donde estaba, y en medio de su gente, lo abrazó, le llamó el mejor servidor del rey y amigo suyo, le nombró brigadier y cuidó solícitamente de las tropas que aquel mandaba.

Una vez decidido á un propósito, mostrábase España sordo al ruego: para él, no era acción digna de un hombre ceder á otras inspiraciones que á las de su propio juicio; peligrosa exageración que ahoga la simpatía, y torna en vengadores á los antiguos partidarios.

Verdaderamente necesitaban las facciones catalanas un jefe de este temple para reprimir con energía los excesos, y así se observó á poco de su llegada, que el orden comenzaba á imperar en aquellas gavillas de desalmados partidarios, ni tardó en dar muestras de su intento de sobreponerse á la junta, empezando por relegarla á un pequeño pueblo, junto á Berga, de donde no debía salir sin su consentimiento.

Y superando obstáculos considerables con la resolución propia de su carácter, estableció España comunicaciones con Cabrera, regularizó los impuestos, atendió á vestir y abastecer sus tropas, y presente á todo, levantó el espíritu de sus partidarios, anunciándoles que bajo su mando correrían prósperos los destinos de la causa del Pretendiente.

Resolvióse entre tanto el baron de Meer á desalojar al enemigo de Solsona, cuya posesion tenia orgullosos á los partidarios catalanes y prestaba gran facilidad á la ejecución de sus planes. Con este propósito se dirigió el 19 á ponerle sitio, y pudo ver á su aproximación que los carlistas enarbolaban la bandera negra con el lema *Victoria ó muerte*. Despues de practicar los oportunos reconocimientos rompióse el fuego contra la plaza el 23, abriendo brecha por la que entraron los sitiadores, arrojando al enemigo de la población, haciéndole encerrarse en el palacio arzobispal donde se hizo fuerte. Mas aunque acudió el 26 el conde de España en auxilio de los suyos y á pesar de haberse defendido estos bizarramente, tuvo Solsona que entregarse á discreción, cayendo en poder de los vencedores mas de setecientos hombres armados y un rico botín de pertrechos y bagajes. La importancia de esta victoria valió á Meer la gran cruz de Carlos III.

Ante aquel primer revés, y meditando el conde de España en las dificultades de su situación, comprendió que era esta muy desigual bajo todos aspectos comparada con la de su temible adversario, y previó cuán desventajosa para él habia de ser la lucha; pero contaba con su experiencia de la guerra y la firmeza de su carácter, y se propuso hacer frente á los obstáculos, no desconfiando del éxito. Procedió en su consecuencia á organizar sus tropas, formando con ellas tres divisiones y una de reserva, compuestas de veintitun batallones y alguna artillería, para cuyo aumento estableció una fundición en una cueva de la montaña.

Distribuyó estas fuerzas por todo el Principado y fronteras de Aragon. Contaba además con doscientos jinetes á los que se agregaron otros dos escuadrones enviados por Cabrera.

Se necesitaba toda la energía del conde de España para atreverse á confiar en fuerzas tan escasas y que tan mala fama habian adquirido.

Entre tanto el baron de Meer tuvo que salir de Solsona para abastecer de víveres á sus tropas, proponiéndose volver á la plaza con un convoy desembarazándose de los heridos en Gerona; mas sabido por el conde de España, se apresuró á tomar posiciones para estorbar el paso á su enemigo colocándose en los caminos de Biosca y Torá, donde el 3 de agosto empezó la serie de combates que sostuvo con los liberales, quedando estos vencedores, y sin que á pesar de la estrategia carlista lograrse el conde apoderarse del convoy que defendió Meer con gran acierto, aunque el triunfo hubo de costarle sensibles bajas. En suma sin embargo, el ascendiente moral estaba de parte de Meer, y el de España no podia lisonjearse de sus primeras empresas, que demostraban una verdad dolorosa para su gloria.

Y no paraban en esto los reveses de los carlistas, pues Ugarte sorprendió y ganó á Ager; al mismo tiempo que el baron marchando á Suria por Cardona, supo eludir la celada que España le preparaba, llegando con seguridad á su destino, no sin que los carlistas dejasen de molestar su retaguardia.

Sirvió de contrapeso á la antedicha ventaja la pérdida de Villafranca del Panadés que ganaron los carlistas despues de una heroica defensa en la que perecieron doscientos de los valientes sitiados.

Siguió un espacio de tiempo en el que solo ocurrieron ligeros encuentros que no ofrecen interés histórico, habiéndose Meer dedicado con preferencia á asegurar el orden interior y la subsistencia de sus tropas, al paso que el conde de España dedicaba todos sus afanes á la organización de sus huestes.

Ocupábase además el último en negociar con Cabrera para unir las operaciones de ambos ejércitos, deponiendo su orgullo el de Cataluña hasta el punto de ofrecer ponerse á las órdenes del jefe del Maestrazgo; propuesta que no aceptó Cabrera, esperanzado de mejor éxito en el territorio en que operaba.

Y apremiado el conde de España por la penuria de dinero, apeló á los secuestros de personas, á las que hacia pagar por su libertad crecidos rescates.

En noviembre empezaron de nuevo las operaciones. El 4 trasladó España su cuartel general de Caserras á Montblanch, y salió á disputar el paso á Meer que conducía un convoy y que solo despues de sostener una muy obstinada pelea pudo llegar á Solsona al siguiente día, regresando luego á Cardona, aunque hostigado por los carlistas.

Conoció el baron que el único medio de evitar estas continuas molestias en punto á comunicaciones, seria el de apoderarse de Berga, centro de operaciones del carlismo; y noticioso del intento el de España, se apresuró á volar en socorro de la plaza, que tanto interés tenía en conservar, tomando, entre otras de las disposiciones adoptadas para su defensa, la de asolar todos los caseríos de las inmediaciones, sin respetar los pertenecientes á sus mismos partidarios, ni atender á sus súplicas, lo que comenzó á enajenarle la voluntad de los moradores, que creyeron no debían confiar que el conde les procurase la salvación que de él habian esperado.

Ocurrió por entonces un suceso lamentable. Sabedores los carlistas al mando de Porredon de que la guarnición de Viella, que se habia insurreccionado y dado muerte á su gobernador, no admitía sus proposiciones, la atacó con éxito, pasando á cuchillo á los defensores é incendiando el pueblo por orden expresa del conde de España.

Pero parte de la guarnición se habia retirado al fuerte y resistía, cuando impaciente el último, mandó á Porredon que diese el asalto y acuchillase sin compasión á los sitiados, atroz mandato al que se negaron sus jefes á pretexto de que no eran acróbatas que pudiesen servirse de escalas y cuerdas para trepar á la muralla. Con motivo de la dilación hallóse ser ya tarde al quedar abierta la brecha, toda vez que las tropas liberales, que acudían en auxilio, obligaron á retirarse á los sitiadores, perdiendo estos de sus resultados en la marcha casi todo cuanto les habia traído un batallon enviado á hacer requisas, consistente en bueyes, carneros y mulos cargados, que en gran número se despeñaron por los precipicios que tenían los fugitivos que franquear hasta Esterrí, donde tuvo término la retirada. La artillería carlista quedó enterrada entre nieve.

Las operaciones de fin de año completaron el desastre y derrota de los carlistas, pues además de los puntos que fortificó Meer y de la movilización de los nacionales, lo que le daba mayores medios de acción, la suerte de las armas fué adversa para el enemigo en los encuentros de Rialps, Tirbia, Esterrí y demás pueblos comarcanos. Lograron en verdad los carlistas un pasajero triunfo en el puente de Escalo, pero se rehicieron con tanto brio los liberales que destruyeron las fuerzas de Borges y Porredon y mas tarde las del conde de España, que, irritado por tanto desastre, tuvo que emprender una penosísima retirada por sitios peligrosos hasta el valle del Segre, cuyo río pasó, estableciendo en Oliana su cuartel general. Destrozadas, perdidas, sin ningun recurso, desvane-